



Relaciones. Estudios de historia y
sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C
México

Muñiz García, David Arturo

La Tradición Teuchitlán a través de la obra de Phil C. Weigand: la presencia del agente y
su discurso en la arqueología del Occidente de México

Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXXVII, núm. 148, 2016, pp. 63-100

El Colegio de Michoacán, A.C
Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13748262004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La Tradición Teuchitlán a través de la obra de Phil C. Weigand: la presencia del agente y su discurso en la arqueología del Occidente de México

The Teuchitlán Tradition through the Works of Phil C. Weigand: The Presence of Agent and his Discourse in Western Mexican Archaeology

David Arturo Muñiz García

EL COLEGIO DE MICHOACÁN, david0604@hotmail.com

En las distintas ciencias sociales, la narrativa que genera un autor es significativa, pues, ésta determina en buena medida el entendimiento sobre un tema en particular, sin embargo, en la arqueología ha sido un tópico poco atendido. La generación del conocimiento tiene un impacto en la sociedad que lo recibe independiente de si el autor está consciente o no. Phil Weigand generó un tipo de discurso que ha sido apropiado por la comunidad académica, los políticos y el público en general, de distintas maneras, en distintos grados y para distintos fines, es parte ya del corpus de conocimiento sobre el pasado prehispánico del Occidente. Deconstruir este discurso nos puede acercar a entender sus partes componentes y a resignificarlas en discursos coherentes con las percepciones teóricas actuales.

PALABRAS CLAVE: análisis del discurso, agencia, Tradición Teuchitlán, arqueología.

The narratives that authors' in the various Social Sciences generate are significant because they largely determine the understanding of a specific topic of study. In archaeology, however, little attention has been paid to this issue. The generation of knowledge impacts the society that receives it, whether the author is aware of this or not. The particular type of discourse produced by Phil Weigand has been appropriated by the academic community, politicians, and the general public in different ways, to distinct degrees, and to various ends, such that it now forms part of the *corpus* of knowledge on the pre-Hispanic past of Western Mexico. Deconstructing this discourse will allow us to gain a better understanding of its component parts and then to re-signify them in discourses more congruent with current theoretical perceptions.

KEYWORDS: discourse analysis, agency, Teuchitlán Tradition, archaeology.

Fecha de recepción del artículo: 11 de mayo de 2015 / Fecha de aprobación: 1 de junio de 2016 / Fecha de recepción de la versión final: 7 de septiembre de 2016.

INTRODUCCIÓN: LA TRAMPA DE LA OBJETIVIDAD

El arribo de la “Nueva Arqueología” o Arqueología Procesual trajo consigo una serie de aportes importantes que le dieron a nuestra disciplina un carácter más “científico” o, por lo menos, eso es lo que se pretendió en la década de los sesenta. El uso de teorías y de metodologías relacionadas con principios biológicos como la teoría de sistemas, llevaron a muchos procesualistas a pensar que la objetividad en la arqueología era no sólo una condición plausible (Binford 1991, 249), sino que incluso lo pensaban como una condición de necesidad para que el investigador pudiese realizar su labor (Hodder 2003).

Existieron varios cuestionamientos a esta pretensión de objetividad en arqueología, pues, la dificultad para que el investigador se desprenda de sus prejuicios fue cada vez más evidente (Hodder 1985). Esto dio paso a una clara conciencia de la importancia del sujeto observante frente al objeto observado e incluso llevó a autores como Schiffer (1991, 39-45) a postular que el arqueólogo es uno de los factores importantes (tal vez el mayor) en el proceso de formación del registro arqueológico.

Por lo tanto, nos encontramos en la disyuntiva de darnos cuenta de que los investigadores somos un factor importante en la construcción de las representaciones de realidades pretéritas y que nos convertimos, en cierta medida, en constructores de un conocimiento, pues, como lo mencionan Díaz-Bone *et al.* (2002, 6) “el discurso produce una percepción y representación de la realidad social”. En ese sentido, los arqueólogos “optamos por producir un conocimiento que en un cierto sentido es narrativo pues sólo puede darse como narración, ya que se construye narrativamente y se expresa en forma de relato” (Criado-Boado 2006, 249). La objetividad y la subjetividad serían sólo pulsiones que nos permiten acercarnos a una “interpretación de nuestro registro arqueológico” (Criado-Boado 2006, 249).

Las narraciones generadas sobre un tema impactan en quien lo recibe y genera una visión de lo que “es”, en este caso, un fenómeno arqueológico. Por ello es importante deconstruir el discurso previamente establecido, pues, nos puede acercar a entender sus partes

componentes y a resignificarlas bajo las percepciones teóricas actuales, permitiendo así que sigan vigentes si aún satisfacen las necesidades explicativas de la actual arqueología, además de propiciar una mirada crítica explícita a una lectura dada. El término *deconstrucción* lo desarrolla Derrida (1967), quien lo definió como técnica del pensamiento filosófico con el fin de revisar profundamente las terminologías establecidas en la humanidad. La deconstrucción no busca “sentidos” sino huellas de ideas, consiste en mostrar cómo se ha construido un concepto cualquiera a partir de procesos históricos. Siguiendo este pensamiento, el conjunto de narraciones acerca del pasado que realizamos los arqueólogos, son un mensaje en sí mismo y tienen un impacto en cómo se piensa e imagina a los antiguos pobladores del mundo tanto en la comunidad académica como en el público general.

El presente trabajo busca entender cómo es que se construyó la narración acerca de la Tradición Teuchitlán, en el Centro-Oeste del actual estado de Jalisco durante el Periodo Formativo (300 a. C.-200 d. C.) y Clásico (200-500 d. C.) (Beekman y Weigand 2008, 326).¹ Esta región tiene un personaje central en los últimos 40 años: Phil C. Weigand, quien definió y caracterizó la Tradición Teuchitlán (Weigand 2000, 40-41). A él debemos, en gran medida, el conjunto de interpretaciones sobre esta tradición arqueológica y que es hoy un discurso ya establecido. Para hacerlo se analizan algunos de los textos más importantes de este autor, en el marco de su generación teórica y, finalmente, el impacto que ha tenido en el proceso de construcción del imaginario sobre el Occidente mesoamericano.

Discurso

El conocimiento en ciencias sociales se expresa mediante narraciones, el conjunto de narrativas que conforman un discurso, “que el discurso es *el* acontecimiento del lenguaje”, pues, permite la relación

¹ La cronología ha venido cambiando con los nuevos datos, aquí tomamos las fechas que surgen del estudio específico acerca de este tema (Beekman y Weigand 2008), sin embargo, Weigand maneja distintas temporalidades en sus escritos, de hecho un año después del artículo mencionado coloca fechas distintas ubicando el Formativo entre el 300 a. C.-150 d. C. y el Clásico entre 150-600 d. C. (Weigand 2009, 53-54).

entre acontecimiento y significado (Ricouer 2006, 23) (énfasis del autor), para el autor el discurso es una dialéctica de acontecimiento y sentido, de proposiciones y de referente, en su perspectiva el sujeto se constituye como entidad autónoma que no sólo se comprende a sí mismo, sino que también explica el mundo del texto de acuerdo a su *estar en el mundo* (Miramón 2013, 53).

El discurso es la condición de posibilidad de crear un imaginario, se define como “el proceso de construcción social de realidad [...] el cual tiene un lugar de primera importancia como proceso mental de creación individual que se manifiesta como social, al ser compartido y formado en parte por la sociedad” (Baczko 1991, 29).² Los discursos son entes históricos y culturales, que se transforman conforme mutan los generadores de relatos o, bien, los receptores de los mismos, el discurso tiene diversos componentes de significación y “si bien es cierto que sólo el mensaje tiene una existencia temporal, una existencia en duración y sucesión, donde el aspecto sincrónico del código pone al sistema fuera del tiempo sucesivo, entonces la existencia temporal del mensaje da testimonio de la realidad de éste” (Ricouer 2006, 23).

El análisis que se plantea aquí sigue las propuestas de Foucault,³ quien presenta un concepto de discurso y práctica discursiva principalmente en *La arqueología del saber* (Foucault 1979), donde se “concibe el discurso y la práctica discursiva como estructura y práctica social, respectivamente. En este sentido, “discurso” no es sinónimo de diálogo o monólogo filosófico” (Díaz-Bone *et al.* 2007, 2) y

² Entender la manera como los receptores han transformado el discurso arqueológico acerca de la Tradición Teuchitlán es un tópico que no se pretende abordar en este texto, pero que resultaría una valiosa contribución para tener una perspectiva más completa de este fenómeno discursivo, para ello los postulados de Ricouer se muestran como los más favorables para el análisis.

³ Si bien, las posiciones de Foucault y Ricouer respecto del discurso son distintas, éstas pueden ser complementarias, ambos coinciden en que el sujeto emisor pierde control sobre su propio discurso al plasmarlo en una narración y que el proceso de significación sigue diversos caminos. En este caso se busca entender un fenómeno en cuanto al impacto que tiene un autor (Weigand) en la generación de un discurso (el de la Tradición Teuchitlán), para ello consideramos más apropiado retomar principalmente las ideas de Foucault, pues, no se busca analizar una dialéctica de sentido como lo plantea Ricouer, aunque se retoman varias de sus ideas.

es producto de la historicidad del autor en una relación intrínseca de su propio sistema de saber-poder (Foucault 1979). El discurso arqueológico es un saber y como tal forma parte integral de las formas de generación y reproducción del poder, “La cuestión aquí reside en analizar la condición histórica de la actual existencia de esos enunciados” (Díaz-Bone *et al.* 2007, 5).

En *Vigilar y castigar*, Foucault (1983) reflexiona acerca de cómo el conocimiento generado por una sociedad, en un contexto histórico dado, reproduce y alimenta las formas de ejercicio del poder. Los saberes en su conjunto permiten una armonía del sistema social, la generación de conocimientos, por ejemplo, el arqueológico, permite, a quien los crea y a quien los usa, el ejercicio del poder por la manera de entender a los pueblos del pasado bajo el sesgo de los intereses contemporáneos. Esto permite la formación de discursos hegemónicos que responden a intereses académicos o políticos que direccionan en cierta medida las investigaciones arqueológicas, presupuestos institucionales, orientaciones teóricas, temas de discusión, entre otras; de esta manera, el saber arqueológico permite un ejercicio del poder sobre el pasado (Díaz-Andreu 2007, Smith 2001, Trigger 1984). En nuestro caso planteamos que Weigand es parte en la creación de un discurso hegemónico que sigue ejerciendo un poder latente (en términos de direccionar los escritos arqueológicos sobre la Tradición Teuchitlán), esto a pesar de las particularidades históricas que rodearon su creación.

Agencia

Como ya se mostró, el discurso es plenamente histórico y situacional, ligado a esto lo que busca destacar es el papel que Weigand desempeñó como agente en la conformación del imaginario sobre el Occidente prehispánico. En este sentido, es importante aclarar que aunque existen diversas posturas respecto a cómo entender “agencia” en arqueología; preferimos la idea de que “la agencia es inherentemente contextual y situacional, por lo tanto, la agencia no es una característica de los individuos, sino de las *relaciones*” (Robb 2010, 494) (traducción propia, énfasis agregado). En ese sentido nuestro

autor es un agente, pero no como individuo con una intencionalidad que tomó decisiones discursivas particulares (*cf.*: Hodder 2000, 21-33), sino como una factor que generó una relación distinta entre la comunidad académica y el público en general; esto resulta notorio, entre otras cosas, en la apertura al público del sitio arqueológico Los Guachimontones. Por supuesto que existen muchos más actores y factores que influyen en esta creación de imaginarios, no pretendemos menospreciarlos, simplemente nos enfocamos en un actor en particular centrándonos en las relaciones entre individuos y materia.

La arqueología retomó la teoría de la agencia en parte como una respuesta a los determinismos. “En general, el nacimiento de la teoría de la agencia ha reflejado el deseo de contrarrestar los modelos deterministas de la acción humana mediante el reconocimiento de que las personas actúan con determinación y alteran el mundo exterior a través de esas acciones” (Dornan 2002, 304) (traducción propia). Justamente ese surgimiento ha dado lugar a grandes divergencias en el uso y definición de la agencia, por lo que Dobres y Robb (2000, 10) señalan que la mayoría de las aplicaciones de la teoría de la agencia en arqueología son sólo apelaciones *ad hoc*, para un problema o situación particular, que generan ambigüedad e incompreensión.

Robb (2005, 3-4) señala que a pesar de las diferencias en las escuelas de pensamiento con respecto al concepto de agencia, existen puntos en común que forman el corazón de la teoría de la agencia:

1. Los humanos reproducen los principios y las relaciones sociales a través de sus prácticas diarias.
2. Las prácticas tienen lugar en las condiciones materiales y a través de la cultura material.
3. Las prácticas suceden en un ámbito histórico inherente desde el pasado, incluyendo prácticas culturales, actitudes y hábitos. Estos actores poseen valores que pueden ayudar a actuar y construir acciones.
4. En la acción, los humanos no simplemente reproducen sus condiciones materiales, estructuras inmanentes de significado y conciencia histórica, también el cambio, reinterpretación y redefinición de ellas.

De esta manera, las acciones tomadas a manera de narraciones con respecto al registro arqueológico de la Tradición Teuchitlán pueden ser entendidas en una perspectiva histórico-situacional, pero también como parte del ejercicio de poder inmanente al discurso. Estos dos aspectos no están separados: “El punto por entender en la agencia es que tenemos que ser capaces de ver la acción como el surgimiento de y la reproducción, no sólo generalizada de estructuras altamente abstractas, sino también como campos del *discurso*” (Barret 1988, 6) (traducción propia, énfasis agregado). Como ya hemos visto, un discurso es obra del conjunto de personas que hacen narraciones, cada una bajo su propia perspectiva, al ser una reacción contra los determinismos la agencia reconoce que las personas no son autómatas uniformes, que simplemente reaccionan a los cambios del mundo exterior y en cambio “juegan un papel en la formación de las realidades sociales en las que participan” (Barfield 1997, 5).

Otro aspecto que aborda la teoría de la agencia y que resulta controversial es “el potencial que tienen en arqueología para ser utilizado con fines distintos de legitimar las relaciones sociales modernas acríticamente y proyectarlas hacia atrás en el tiempo” (Dobres y Robb 2000, 13) (traducción propia).

EL INVESTIGADOR COMO PARTE DE LA FORMACIÓN DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

La narrativa arqueológica se construye en dos momentos diferentes; por un lado tenemos cuando el contexto sistémico pasa a ser registro arqueológico, es decir, cuando el arqueólogo entra en contacto con los restos materiales “reclamándolos” y convirtiéndolos en objetos de estudio arqueológico (Schiffer 1990). En un segundo momento tenemos la relación que se establece entre los restos materiales y el investigador, lo que determina el proceso de formación del registro arqueológico:

Es necesario hacer énfasis en que las actividades de los mismos arqueólogos también deberían considerarse como procesos de formación cultural,

más aún, el registro arqueológico de hecho es lo que describen los arqueólogos como hallazgos derivados del trabajo de campo, por tanto no es posible percibir el registro arqueológico si no es a través de las actividades de los arqueólogos (Schiffer 1991, 41).

De esta manera, el resto de las personas veríamos al registro arqueológico sólo a través de los ojos del arqueólogo, es justo ahí donde radica entender el valor del investigador como un *agente*. En la arqueología mexicana, en cambio, son pocos los ejemplos de este tipo de trabajo, aunque poco a poco esta situación está cambiando (véase, por ejemplo, Olay 2004).

El registro arqueológico como texto

Si el arqueólogo construye en cierta medida el registro, éste se plasma en una narración ya sea oral, escrita o representada, todo lo anterior puede ser conceptualizado como un texto: “Si la cultura material siempre está constituida de manera significativa, entonces quizá puede ser vista como un texto que se lee” (Hodder 2007, 29). Ahora bien, estos textos arqueológicos son parte del discurso que genera el imaginario acerca del pasado prehispánico. Pero esto no es arbitrario, pues, “Escribir el pasado no es una lectura inocente y desinteresada de un tiempo autónomo producido como una imagen. Escribir sobre el pasado es dibujarlo en el presente reinscribiéndolo a la luz del presente” (Tilley 1989, 193). Es necesario señalar que este imaginario tiene, por lo menos, dos grandes vertientes, la primera es la que se genera en un público no especializado y otra en el ámbito de los especialistas.

En el caso que ahora tratamos tendríamos que los vestigios materiales de una serie de sitios en el occidente del país que fueron interpretados por Weigand, quien es uno de los factores decisivos en el proceso de formación del registro arqueológico, creó un *corpus* de narrativas, que en conjunto con otros escritos (tanto contraargumentaciones como contribuciones) dan como resultado un discurso y la generación de un imaginario sobre el Occidente prehispánico.

En cuanto a la relación entre discurso y poder, Foucault (1992, 5) menciona que “en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros”. En este sentido, tenemos algunos estudios acerca de cómo el discurso, en particular, el proveniente desde la práctica científica, puede no necesariamente engendrar conocimiento, sino que reproduce y legitima un poder históricamente determinado.

El conocimiento, para Foucault, es el control o dominio de ciertas prácticas culturales, especialmente, la de los discursos principales que regulan una cultura. Como hemos visto, una poética cultural es uno de los elementos constitutivos fundamentales de estos discursos. Poder, entonces, puede ser visto como originado en poéticas culturales específicas y localizadas que se desarrollan como resultado de la gente y eventos en un lugar y hora exacta (Reese-Taylor 2001, 9) (traducción propia).

La construcción de una narrativa sobre algún fenómeno arqueológico determina el ejercicio del poder sobre el poder mismo, por supuesto, al entender el poder “no en el sentido político exclusivamente, sino en la medida en que abre todo un campo de posibilidades, que sirven para que una determinada práctica discursiva busque legitimarse en otra, busque rivalizar o superar a otra” (Gómez 1989, 110). Más adelante veremos como la narrativa de Weigand buscó explícitamente rivalizar o superar prácticas discursivas anteriores a él (Weigand 1985, 47-48).

De esta manera, el discurso no es una explicación inocente del mundo, sino que “constituye una manera de hacer mundo, de apropiarse del mundo a través del saber” (Díaz-Bone *et al.* 2007, 8). Estos mismos autores profundizan al mencionar que las tendencias del discurso, en las que nos implicamos como investigadores en nuestro intento por describir y entender el mundo, son producidas en complejas relaciones de poder en las que diferentes actores e instituciones trabajan para establecer una interpretación dominante de la “realidad”, que conceptualiza al discurso como una instancia de hegemonía (Díaz-Bone *et al.* 2007, 9-10).

Algunos de los ejemplos de aplicación de estas ideas en la narración arqueológica son los trabajos de Tilley sobre el impacto del discurso arqueológico en la sociedad (Tilley 1985, 1989, 1990, 1994), también el trabajo de Mansilla (1999) acerca de la construcción e impacto del término “paleolítico” en España, el artículo de Juan Pablo Carbonelli (2011) quien analiza la construcción del discurso sobre el concepto de cultura y como impactó en la práctica profesional de la arqueología argentina, Víctor Fernández (2012) analiza los discursos teóricos y el impacto que han tenido en la formación del pensamiento en arqueología, aunque lo hace desde la perspectiva de la “Escuela de Essex”.

EL OCCIDENTE: ESE EXTRAÑO OBJETO DEL DESPRECIO ARQUEOLÓGICO

En muchos de los textos de Phil Weigand y de otros investigadores del Norte y Occidente se menciona la dificultad que significa interpretar los contextos de estas regiones, ubicando ahí otra de las razones para el abandono de estas áreas por parte de la arqueología mexicana (Braniff 2009; Olay 2004; Williams 2009). Posiblemente uno de los autores más prolíficos en el tema del Occidente mesoamericano sea justamente Phil Weigand, por lo que a través de un breve análisis cualitativo y cuantitativo buscaremos entender cuál es la relevancia de este autor.

Una manera inicial de medir el impacto de la obra de Phil Weigand es mediante una estadística, con base en la cantidad de obras registradas en bases de datos de tres bibliotecas, un buscador web especializado y un archivo técnico, en un estudio de tipo comparativo que incluye un total de seis autores cuyo tema principal de trabajo es el Occidente de Mesoamérica.

Se usaron las bases de datos de las bibliotecas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIA-UNAM), de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH-INAH), del Colegio de Michoacán (Colmich) y el buscador de internet especializado “Google Académico” o “Google Scholar” (GA). Para evaluar, en primer término, las cantidades de las

CUADRO 1. Relación de investigadores-biblioteca-cantidad de obras

<i>Investigador</i>	<i>GA</i>	<i>IIA-UNAM</i>	<i>ENAH-INAH</i>	<i>Colmich</i>	<i>AT-INAH</i>	<i>Total</i>
Weigand	33	13	17	40	12	115
Williams	23	9	14	19	1	66
Schondube	4	2	3	7	8	24
López Mestas	6	1	4	4	31	46
Cabrero	21	8	26	6	13	74
Pollard	25	2	1	1	0	29
Beekman	14	3	1	4	10	32
Total	126	38	66	81	75	386

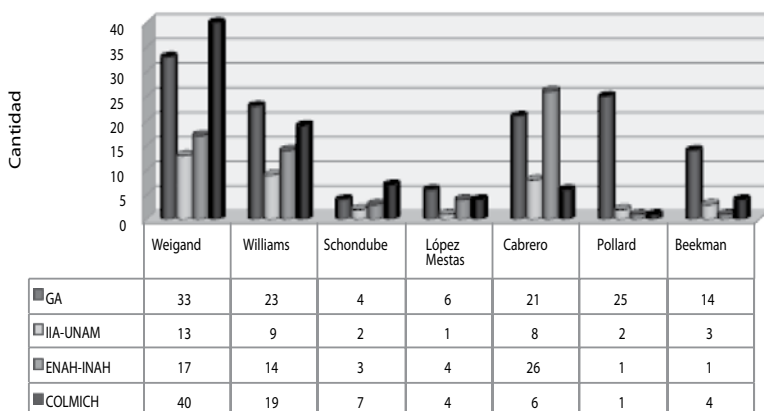
Fuente: elaboración del autor.

obras (cuadro 1 y gráfica 1). Adicionalmente se incluyó una revisión de los textos resguardados en el Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología del INAH (AT-INAH).

Para este análisis se discriminaron los textos de los autores que no tuvieran relación con el tema del Occidente, y se incluyeron tanto artículos, libros, participaciones como compiladores, editores y coautores, así como asesores o directores de tesis, incluyendo escritos en inglés, esto debido a que cualquiera de las formas de participación mencionada, forman parte del *corpus* discursivo de un autor. Se introdujeron los siguientes criterios de entrada mediante palabras clave en combinación “or”: Occidente, Mesoamérica, Tradición Teuchitlán, Arqueología, Jalisco.

Los resultados muestran que las obras más voluminosas corresponden a las escritas por Weigand, con 33 % del total analizado (este porcentaje fue estable en los análisis por biblioteca, excepto en el AT-INAH que no se incluye en la gráfica, pero incluso al hacerlo el porcentaje de Weigand se mantiene en 30 %). Por supuesto que existen condiciones y particularidades de contenido de la obra y razones de existencia en una colección. Por ejemplo, los autores mostrados aquí fueron seleccionados a partir del criterio de mayor cantidad de obras publicadas en GA, por otro lado, hay investigadores que a pesar de ser significativos en el Occidente como Joseph

GRÁFICA I. Cantidad de obras por autor en bibliotecas y buscadores de internet



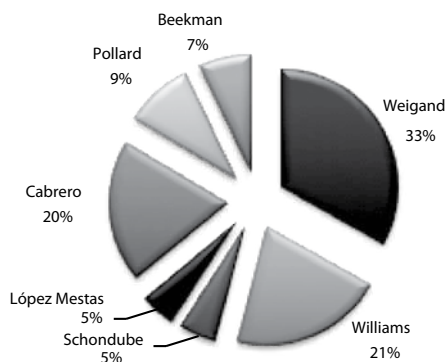
Fuente: elaboración del autor.

Mountjoy, no aparece en la muestra debido a que las entradas con sus obras fueron escasas.⁴ El presente ejercicio es un primer acercamiento que busca relacionar los resultados con el argumento principal, no se pretende un estudio estadístico completo, los resultados presentados aquí son sólo un dato más que muestra la presencia que tienen las narraciones de Weigand.

De esta manera, podemos sugerir que como fuente de información para el occidente de Mesoamérica, Weigand está presente en casi 1 de cada 3 consultas (gráfica 2). Ahora bien, es necesario ponderar los resultados y analizar el contexto académico. GA es un buscador especializado de la empresa Google, que rastrea entradas en bases de datos de revistas, bibliotecas y dominios web considerados de interés académico (por ejemplo, dominios .edu, .org entre otros) y que estén conectados a la red. Por ello, bases de datos que tengan servicio de bases de datos o artículos en línea (por ejemplo *Relacio-*

⁴ El número de entradas de un autor no refleja necesariamente el volumen de obras de los autores, los criterios de búsqueda o un rastreo bibliográfico sobre el tema nos mostraría cantidades mayores, sin embargo, el sentido del ejercicio es tener un punto medio de localización de obras entre el público en general y el especializado.

GRÁFICA 2. Porcentaje total de obras usadas



Fuente: elaboración del autor.

nes *Estudios de Historia y Sociedad*, *Latin American Antiquity*, *Anales de Antropología* entre otros) tendrán mayor presencia que otras que no tengan esta condición (por ejemplo *Arqueología* de la Coordinación de Arqueología del INAH o el AT-INAH).⁵

En la columna de GA (cuadro 1) encontramos una diferencia en cantidades de obras referidas de Weigand (33), frente a, por ejemplo, Lorenza López Mestas, quien sólo tiene 6 entradas. Esto contrasta con la información en el AT-INAH, donde se invierte la proporción de 31 entradas de López Mestas y 12 de Weigand. Estos números nuevamente hay que ponderarlos, pues, el personal de arqueología en el INAH tiene funciones que incluyen rescates, salvamentos, así como la obligación interna de entregar informes de sus actividades profesionales, mientras que los investigadores externos presentan informes parciales o finales de sus trabajos de campo y análisis por lo que sus cantidades serán menores. Una comparación más objetiva sería entonces Weigand con 33 entradas frente a Christopher Beekman con 14 entradas en GA, mientras que en el AT-INAH tenemos 12

⁵ A pesar de que tanto la revista *Arqueología* y el AT-INAH tienen acceso a su información por internet (*Arqueología* al contenido y AT-INAH sólo al listado de obras o entradas), no aparecen en el desplegado de búsqueda de GA, esto es debido al tipo de dominios que maneja formatos de subida (incluyendo título y formato de archivos), entre otras variables que no son detectados por los algoritmos usados en GA (cf: Torres 2003).

Weigand por 10 de Beekman, este último mucho más equilibrado en cuanto producción de informes y, por tanto, al posible impacto en la comunidad especializada.

Mayor cantidad de obras no significa mayor impacto en el imaginario en relación directamente proporcional, pero el impacto que tiene GA, y por extensión el buscador Google,⁶ en la población en general es mayor que todas las bibliotecas especializadas juntas. El argumento aquí es que las personas que se acerquen a la arqueología del Occidente (incluyendo estudiantes de nivel superior y posgrado) tendrán como principal y más prolífica opción los trabajos de Weigand. Si ampliamos nuestro espectro de estudio a textos y videos de divulgación, el discurso en el Centro Interpretativo Guachimontones “Phil C. Weigand” en el sitio arqueológico de Los Guachimontones, guías turísticas (Weigand y Esparza 2007) entre otros, tenemos que la presencia del discurso de Weigand es sensiblemente mayor que el resto de los autores. Es sólo cuando los interesados se adentran en los textos especializados cuando se abre el panorama para visualizar que la Tradición Teuchitlán, si bien la propone Weigand, es una construcción colectiva, además de que hay propuestas de organización sociopolítica distintas e incluso contrastantes (*cfr.* Beekman 2008, Heredia 2011a, López Mestas 2011).

Las cantidades en la biblioteca del IIA-UNAM mantienen la tendencia de GA, mientras que en la ENAH-INAH hay una inversión de los números a favor de Teresa Cabrero. De aquí desprendemos dos temas; el primero es que la biblioteca del IIA-UNAM, posiblemente la más grande de antropología en México y, por tanto, una referencia de búsqueda obligatoria para especialistas, mantiene proporciones de textos similares a los otros ejemplos. En ese sentido, el efecto que vimos en GA puede repetirse, con la gran diferencia que el investigador es un lector especializado que debe profundizar críticamente en su lectura y, por tanto, cuestionar esta proporción, aquí proponemos hacerlo mediante el análisis del discurso y el papel del arqueólogo como agente en la construcción del imaginario.

⁶ Aunque Google no es el único buscador en la red, los resultados en otros buscadores pueden ser muy cercanos a éste, debido a que se usan parámetros similares, aunque en diferentes niveles de prioridad (véase Torres 2003).

El segundo tema es que en ENAH-INAH la presencia de los textos de Weigand, aunque importante, no es la principal. Esto no parece tener una respuesta sencilla y será tema de otro trabajo. La presencia predominante de Weigand en el Colmich es más entendible debido a que éste era el centro de trabajo de nuestro autor.

El aporte de otros autores a la construcción del imaginario sobre la Tradición Teuchitlán es fundamental, sin embargo, las estrategias seguidas por Weigand para posicionar su discurso han marcado una diferencia en la recepción tanto del público en general como del especializado. La medición cuantitativa de los textos es sólo una vía de las muchas posibles para medir esa presencia, sin embargo, contextualizar los datos es necesario para darnos cuenta que si bien Weigand es un agente en la formación del imaginario arqueológico, no es el único.

Si vemos este fenómeno en términos temporales tenemos la afirmación de que existía un desdén hacia la arqueología del Occidente, relegándola a los estudios de arte (Townsend 2000). Así, hacia las postrimerías de los sesenta se tiene la impresión de que “de esta manera nuestra región [les] pareció a muchos, como fuera de la zona de la civilización mesoamericana” (Townsend 2000, 23). El mismo autor afirma que el cambio principal en el panorama arqueológico del Occidente inicia en los setenta del siglo xx, cuando Phil Weigand comenzó su trabajo sistemático. Luego, entre los setenta y los primeros años del siglo xxi, tenemos una reiterada insistencia sobre la falta de atención que, en general, la comunidad arqueológica daba al Occidente, la cual Weigand atribuye, entre otras cosas, a un excesivo “centralismo” (Weigand 1992, 15-18). A este argumento habría que sumar el de Vázquez León, quien ha mostrado cómo el interés de la arqueología mexicana transita por intereses de tipo político y social, generación de cotos de poder y hasta problemas personales (Vázquez León 2003).

Finalmente, en los últimos 15 años ha cambiado un poco el rumbo de la arqueología del Occidente, por ejemplo, Williams (2008, 10) señala que si bien han aumentado significativamente la cantidad y complejidad de las investigaciones arqueológicas en el área, todavía siguen sin ser “tomadas en cuenta por los arqueólogos que siguen una

perspectiva centralista”, incluso sintetiza la sensación de desdén que perciben algunos arqueólogos occidentalistas al mencionar que “Pa-reciera como si los arqueólogos del Occidente estuvieran mirando a través de un espejo, con el cual pueden ver a sus colegas en el otro lado, pero sin ser vistos por ellos” (Williams 2008, 10).

Construir y reconstruir una tradición cultural

En los valles adyacentes al volcán de Tequila se desarrollaron grupos humanos de una complejidad sociopolítica tal que entre el 350 a. C. y 450/500 d. C. lograron manifestar aspectos de su vida y su pensamiento en monumentos que perduraron hasta nuestros días. Desde las grandes construcciones circulares hasta el más pequeño de los tiestos cerámicos. Pasando por la apropiación simbólica y física de su paisaje, estos grupos consiguieron construir una sociedad cuya complejidad, integración y diversidad fueron cambiando con el tiempo (Beekman 2010, Beekman y Baden 2011, Heredia 2011, Heredia 2011a, Weigand 2009).

Con la ayuda del contexto arqueológico, Weigand buscó entender el entramado sociopolítico-cultural que denotó esta sociedad del pasado, incluso la significó al nombrarla Tradición Teuchitlán. Al “hablar” sobre esta tradición cultural la dota de un *corpus* teórico-vivencial para que los receptores del discurso la reconstruyan (a su manera individual cada uno), resignifiquen y de esta manera se cree un imaginario sobre el pasado. La manera en que nuestro autor lo hace es con base en una serie de conceptualizaciones teóricas previas; si bien, él mencionaba que durante su formación tuvo una fuerte influencia de planteamientos boasianos que versaban sobre teorizar poco y hacer mucho campo (Weigand 1992), esto no quiere decir que sus planteamientos no partieran de una idea preconcebida sobre cómo funcionaba el mundo en el pasado.

Según Williams (2009), las principales aportaciones de Weigand en la arqueología y antropología del Occidente se fundamentan en cuatro principales campos: arqueología con sus estudios de la Tradición Teuchitlán, juego de pelota, cerámica del Occidente, comercio de turquesa, redes de intercambio, minería y paisaje. Etnografía, por

su trabajo con los huicholes. Etnoarqueología, donde usó objetivos arqueológicos en sus observaciones etnográficas, principalmente con los huicholes. Finalmente, la etnohistoria, con sus trabajos sobre las rebeliones indígenas en el Occidente, que tenían como principal línea de investigación el paisaje cultural y la producción e intercambio de recursos estratégicos (Williams 2009, 40-43).

Desarrollo del pensamiento

Cuando Weigand conoce por primera vez los vestigios arqueológicos del Centro-Oeste de Jalisco, en 1969 imperaba en el ámbito académico la impresión de que en el Occidente había una extraña contradicción, pues, por un lado había exquisitas piezas cerámicas recuperadas de elaboradas tumbas y, por otro, parecía no haber vestigios materiales de “culturas complejas”. Weigand menciona que “nosotros, en ese momento aceptamos esos puntos de vista, sin cuestionar profundamente ninguno de ellos” (Weigand 2000, 39). A continuación se presentan algunos de los presupuestos con los que polemizaría.

Una buena parte de lo que se conocía del Occidente hacia los sesenta y setenta del siglo xx provenía de los estudios de historia del arte. Paul Kirchoff (1960) y Salvador Toscano (1946) habían realizado estudios de colecciones particulares, principalmente de cerámica, que contribuían a la idea de la presencia de “salvajes”. Por otro lado, Ignacio Marquina (1964) dedica una parte de su monumental obra *Arquitectura prehispánica* al Occidente, pero sólo centra su atención en las construcciones tarascas por considerarlas lo más relevante de esa región. Piña Chan (1946) resalta que la evolución en el Occidente pareció quedarse atrapada en el periodo Formativo, hasta la llegada del imperio purépecha. Finalmente, Ignacio Bernal hace una categórica afirmación: “Al no haber recibido influencia civilizatoria de los olmecas, el occidente de México siguió permanentemente en un estado de atraso” (Bernal 1969, 143). Weigand sintetiza estas visiones cuando afirma que “la concepción del Occidente en tiempos pasados era la de un *cesto de basura* al que podían arrojar todo aquello que no encajaba en otra parte” (Weigand 1992,

13). Este panorama es al que se enfrentará Phil Weigand; un discurso establecido, entre otros, por varias de las grandes figuras de la arqueología mexicana de ese tiempo, discurso en el cual los grupos humanos del Occidente tenían una cualidad inferior al del resto de Mesoamérica. A estas narrativas responderá Weigand.

Algunos de los primeros trabajos publicados por Weigand tienen un interés antropológico por los indígenas huicholes, posiblemente algunos de sus maestros como Carl Rilley o Pedro Armillas influyeron en este interés (Williams 2009). En un momento posterior empezó a delinear dos ideas que serán claves para el entendimiento de su pensamiento: concebir a los huicholes como el mismo grupo o continuadores de las culturas antiguas, cuyos vestigios materiales estaban en estados como Jalisco y la importancia de la cultura material para entender a las sociedades, en especial, el caso de la cerámica huichola (Weigand 2002a, 43-45).

En algún punto de su carrera profesional Weigand poco a poco va cambiando de derroteros, teniendo cada vez más participaciones en el campo de la arqueología, donde parece que el entendimiento de la materialidad de los huicholes le marcó el panorama para ahora invertir los papeles y entender los restos arqueológicos desde su conocimiento etnográfico.

Pedro Armillas fue uno de los más determinantes influyentes en el pensamiento de Weigand; fue su profesor y jurado de tesis, quien lo acercó de manera decisiva a México. Además, el antiguo combatiente español era de los pocos con trabajos sobre el Norte y Occidente, aunque su mayor contribución a la arqueología es sobre el evolucionismo y la ecología cultural. Sus investigaciones en México se centraron en el problema de los sistemas antiguos de irrigación y agricultura (Rojas 1991), tópicos que estarán presentes constantemente en la narrativa de Weigand.

Por otro lado, Charles Kelley, de acuerdo al mismo Weigand, fue determinante para su formación de campo en las escuelas de verano organizadas por Kelley durante los sesenta en Zacatecas y Durango, lo que será la base de su labor técnica en los sitios arqueológicos de Jalisco. Ese tiempo en Durango y Zacatecas completará su ya incesante interés en el Occidente (Weigand 2002b, 47); así, la manera

que Weigand tuvo para aproximarse al registro arqueológico puede rastrearse en su formación con Kelley.

La experiencia que vivió en el Norte de México debió ser determinante, no sólo en términos de herramientas técnicas, también en cuanto al impacto del discurso elaborado por Kelley acerca de la Cultura Chalchihuites. A pesar de sus amplios trabajos en Durango y Zacatecas, Kelley no logró que la imagen que generó su discurso consolidara un interés de la arqueología mexicana hacia el Norte (Muñiz 2012, 18-19). Con base en lo anterior es posible especular que Weigand se dio cuenta de cómo grandes esfuerzos caen rápido en el olvido académico si no hay “ruido”. Parece probable que respondiera contra esta situación lanzando una propuesta de “civilización” (Weigand 1992). Esto a pesar de las connotaciones de determinismo evolutivo que el mismo ecologismo cultural reconoce en este concepto. Aunque matiza su aseveración, Weigand estaba consciente que el usar el término “civilización” para una tradición arqueológica era polémico y poco objetivo (*cf.* Weigand 2011, 249), pero aceptó el riesgo e inició el “ruido” sobre el Occidente.

EVOLUCIÓN Y DESARROLLO DE UNA CIVILIZACIÓN PREHISPÁNICA. ¿DIFUSIÓN, EVOLUCIÓN, ECOLOGÍA CULTURAL?

Una frase que es constante en las narrativas de Weigand sobre la Tradición Teuchitlán es “evolución y desarrollo de una civilización”, incluso titula de esa manera una de sus obras editadas (Weigand 1992), esto a pesar del claro matiz teleológico de la frase, la mantuvo a lo largo de los años. Resulta paradójico que parte de la contraargumentación sobre lo “atrasado” del Occidente sea generar una imagen de un origen con cierta autonomía y un desarrollo en ese mismo tenor, implicando que “evolucionó” hasta llegar a una “civilización”.

Hacia 1996, Weigand proponía una temporalidad (en ese momento no corroborada con fechamientos absolutos) que mostraba una secuencia que sería equivalente a la de los desarrollos mayas o del Centro de México. Para el Occidente, el criterio estilístico en arquitectura y cerámica nos dibujaba un desarrollo sencillo desde el

Formativo, con antecedente en el Opeño, un momento de esplendor en el Clásico con Teuchitlán (que ahora sabemos es más temprano, pero que en ese momento lo hacía equivalente en términos temporales con Teotihuacán), un reajuste y reacomodo hacia el Posclásico en Etzatlán (Weigand 1996).⁷

La naturaleza de los sistemas socioculturales del Occidente [...] ha demostrado de manera *concluyente* la existencia de una expresión única de *arquitectura monumental, grandes asentamientos y sistemas de irrigación*, altos perfiles demográficos, un posible *sistema de escritura* ideográfica y otros *marcadores seguros de civilización* en algunas partes del Occidente de México mucho antes de los inicios del Postclásico [contra la idea tradicional de sólo purépechas] [...] será mi propósito en estas páginas delinear estos desarrollos, enfatizando la *evolución de un área económica clave* (Weigand 1996, 185) (cursivas mías).

De esta manera, describe lo que parece una definición de libro sobre “civilización” que además se demuestra “de manera concluyente”, cerrando la discusión sobre si esto puede ser o no. Por otro lado, Weigand menciona un “desarrollo diferencial en la relación de núcleo-periferia”, pero no en relación con el modelo del sistema mundo de Wallerstein (2011), más bien su argumentación se asemeja a las “áreas culturales” de Kroeber (1997) y, por tanto, a una explicación difusionista (*cfr.* Weigand 1996, 190). Un modelo de entendimiento de la organización y desarrollo de Mesoamérica que Weigand planteó fue el “ecumene mesoamericano”, a pesar de insistir que este término “se refiere a un antiguo sistema mundial compuesto de una serie de civilizaciones integradas e íntimamente relacionadas” (Weigand 2002, 26), mantuvo distancia con la propuesta de Wallerstein y quienes la aplicaban a Mesoamérica.

En algunas de sus publicaciones más recientes Phil Weigand (Weigand 2009, 2011) ratificó algunos elementos que ya venía es-

⁷ De esta manera Weigand “empata” la cronología con el resto de Mesoamérica, si bien es cierto que los estudios arqueométricos estaban en sus inicios, cabe resaltar que a lo largo de los años se ampliaron y calibraron los fechamientos (Beekman y Weigand 2008, 303-337), pero el fondo del discurso no se modificó.

bozando desde hacía años y propone con contundencia que la organización sociopolítica de la Tradición Teuchitlán era un estado segmentario (Weigand 2000, 2009). Este concepto retomado de Southall (1988) se define como un sistema que tiene un núcleo bastante compacto y una zona de influencia extensa (Weigand 2000, 52). Esto generó una sensación de redondez, que mostraba la idea de una civilización que evolucionó en un Área Económica Clave, organizada a manera de estado segmentario, fundamentada en prácticas agrícolas intensivas (chinampas) y en el comercio a larga distancia. Esto se reflejaría en su arquitectura monumental y el patrón de asentamiento, estos elementos que estarían insertos en una dinámica más amplia o ecumene mesoamericana. Sin embargo, tanto los elementos constitutivos del discurso como la unión de éstos resultan difíciles de sostener a la vista de los datos actuales.

Por ejemplo, el concepto “civilización” ha caído en desuso desde los setenta, los tintes dogmáticos y de evolucionismo mecánico que ha tenido provocaron una furibunda reacción entre los arqueólogos, en especial, de las escuelas posprocesualistas, las mismas críticas se le pueden hacer a “evolución” (Johnson 2000, 174-178; Trigger 1992, 271-306).

Área Económica Clave se refiere a que

cada región de este tipo fue un área favorecida, desarrollada por las autoridades a expensas de otras regiones con el propósito de mantener o aumentar lo que puede llamarse una Área Económica Clave [...] Al usar el concepto de Área Económica Clave, es posible analizar la función de la base económica como algo que proporciona el fulcro para el control político de las áreas económicas subordinadas en China (Chi 1936 en Weigand 2011, 254).

El uso de este concepto implica que existen áreas predominantes y áreas subordinadas, algunas de las cuales serían favorecidas por el aparato de gobierno para un mejor control político, cabría preguntarnos ¿cuál sería el aparato sociopolítico que favorece o soslaya áreas en la región? Por otro lado, el éxito de propuestas teóricas reside en su aceptación en diversos campos del conocimiento y en espa-

cios geográfico-temporales también diversos, Área Económica Clave fue pensada para explicar la situación social-política-económica de la China imperial, con poco eco en otros ámbitos, ya que es difícil pensar en amalgamar sistemas de organización como el Mesoamericano Temprano y el Chino.

El análisis del Área Económica Clave nos lleva al corazón del argumento acerca de la Tradición:

Es interesante señalar que exceptuando la última mitad del periodo Postclásico tardío [...] esta área [Región Valles] ha seguido como la AEC [área económica clave] del Occidente, con Guadalajara como parte de su manifestación colonial y contemporánea. La perdurabilidad de tales áreas es una rasgo señalado por Chi (Weigand 2011, 256).

Visto de este modo Tradición Teuchitlán no debería ser caracterizada por su patrón de asentamiento, arquitectura, prácticas agrícolas o siquiera organización sociopolítica, sino, más bien, por mantener un área económica clave, es decir, una posición predominante en el nivel económico en la región.

Otro elemento constitutivo es el “Comercio a larga distancia”, concepto que ha sido usado por otros investigadores (Cach 2008, 92; Esparza *et al.* 2013; Herrejon Villicaña 2008, 13; Smith 2010, 40) y que ha estado fundamentado en la presencia hacia el exterior de fragmentos de obsidiana originarios de la Región Valles en Tierra Caliente, Michoacán (Esparza *et al.* 2013, 13),⁸ el suroeste de los Estados Unidos (Weigand en Esparza *et al.* 2013, 13). Mientras que hacia el interior de la Tradición Teuchitlán tenemos que: “el comercio a larga distancia explica la presencia de turquesa en Guachimontones,”⁹ así

⁸ Aunque cabe señalar que esta evidencia corresponde al periodo Epiclásico y no al tiempo de esplendor de la Tradición Teuchitlán.

⁹ Esta presencia es un punto central en el argumento del comercio a larga distancia, sin embargo, al corroborar la información tenemos que sólo hay una mención de hallazgo de turquesa en Los Guachimontones, “se recolectaron microfragmentos de un material que pudiera ser turquesa, dato que permanece aún sin confirmar” (Weigand y Esparza 2008, 136), se refiere a la excavación en la estructura 4 de la Joyita “A”. Ni en la base de datos del Proyecto Arqueológico Teuchitlán, ni en las cajas correspondientes de la excavación mencionada (cajas marcadas con los números 535, 536 y 540) se tiene registro de la presencia de

como de jade del valle de Motagua y de conchas marinas en la tumba de Huitzilapa (ca. 75 d. C.)” (Beekman y Weigand 2008, 314-315).

Pocas son las evidencias arqueológicas que se han sumado a las anteriores, el argumento del comercio a larga distancia parece tener un sustento más bien hipotético, ligado a la idea del Estado segmentario. Por ejemplo, en uno de los artículos a este respecto Weigand (2011, 17) menciona “Estados segmentarios: usando el poder del ceremonialismo del área nuclear, se establecieron elites secundarias en áreas ya fuera de recursos deseables (Colima, Sinaloa, Nayarit) o bien a lo largo de rutas de comercio hacia las primeras (El Bajío, Zacatecas)”. Es decir, a partir de los modelos explicativos de organización sociopolítica local, amalgamados con una integración suprarregional como la *ecumene mesoamericana* (Weigand 2000), se infieren actividades particulares como el comercio, que si bien se apoya, como ya se mencionó en algunas evidencias, éstas son muy pocas y dispersas. No afirmamos que no pueda existir este tipo de comercio en la Tradición Teuchitlán, pero al igual que los otros elementos analizados aquí, sería necesario apoyar la argumentación con, por ejemplo, materiales o ideas de la Tradición Teuchitlán en otras regiones de Mesoamérica y el Norte de México marcada por presencias constantes y temporalmente amplias o, bien, presencia de materiales foráneos (como la turquesa) en cantidades significativas en sitios como Los Guachimontones.

En ese mismo tenor, tenemos el argumento del uso de “chinampas” para el periodo de la Tradición Teuchitlán, esto tiene como base los trabajos para tesis doctoral de Glen Stuart (2003) y que se resumen en el 2005 (Stuart 2005, 185-209). El autor describe como su investigación fue hecha en el marco del Proyecto Arqueológico Teuchitlán dirigido por Weigand y que implicó, entre otras cosas, la excavación de 11 trincheras y 6 pozos de sondeo en la Presa de la Vega y la Laguna de Magdalena. En la primera no se halló evidencia de chinampas, en la segunda se identificó este sistema agrícola y se le asoció con 8 fragmentos de cerámica, dos correspondían a la ocupa-

turquesa en Los Guachimontones. Otros autores reportan presencia de turquesa en zonas cercanas, por ejemplo, López Mestas en la Higuera, Tala (López Mestas 2007, 2011, 86).

ción de la Tradición Teuchitlán: “El octavo tiesto es un borde del tipo Ahualulco Rojo sobre Blanco, perteneciente a la fase Ahualulco del Clásico temprano [...] El segundo fragmento cerámico, encontrado a 18 cm de la superficie es del tipo Oconahua Rojo sobre Blanco, del Formativo tardío” (Stuart 2005, 189). Aun omitiendo la muy escasa densidad de materiales cerámicos, tenemos una falta de asociación estratigráfica:

Esta evidencia está ausente en la laguna de Magdalena y en la presa de La Vega; en ninguna de éstas se encontraron restos estratigráficos que indicaran la construcción, utilización, el mantenimiento o la reconstrucción de las plataformas agrícolas o de los canales. Sin embargo, Pedro Armillas aparentemente interpretó esa “estratigrafía” como evidencia de sistemas que seguían todavía en uso (Phil Weigand, comunicación personal, 1997) (Stuart 2005, 188).

Esto resulta crucial pues “los arqueólogos analizan los cambios temporales mediante el estudio de la estratigrafía” (Renfrew 2011, 108), sin este dato esencial, regresamos al terreno especulativo, pues el uso de algún tipo de agricultura intensiva existió, sólo no sabemos cuando, y al no tener evidencias en La Presa de la Vega, tampoco hay certeza de una asociación con el sitio de Los Guachimontones.

Finalmente, en la arquitectura monumental tenemos que uno de los argumentos más contrastantes, por un lado, es un elemento que ha marcado el “centralismo” de la arqueología mexicana y, por otro, un eje esencial en la construcción de la idea de la Tradición Teuchitlán. En un primer momento, Weigand asume una clasificación a partir de las dimensiones en monumental y submonumental, aunque “la distinción se vuelve difusa en la parte media y es difícil definir el límite entre lo que es monumental y lo que no lo es” (Ohnersorgen y Varien 2008, 195).

Años más tarde, Weigand se replantea lo “monumental” agregando la variable del diseño, sin embargo, parece difícil desligar el concepto a una relación directamente proporcional de tamaño equivalente en complejidad, más aún cuando lo asociamos a evolución, civilización, Estado, entre otros. Weigand explica que:

un edificio o complejo de edificios pueden tener poco volumen, pero un diseño en extremo complejo y formal, por lo que sería monumental; y viceversa, mucho volumen, pero poco diseño formal. Como regla general, la mayoría de los arqueólogos de Mesoamérica están más fascinados con el volumen al discutir la monumentalidad, como si éste fuera la única característica de aquélla (Weigand 2011, 256).

En su texto del 2011, Weigand muestra estar consciente de lo polémico o incluso “anticuado” de usar términos como monumental, esto en el contexto de explicar como Pedro Armillas propone usar arqueología del paisaje:

la tradición [arqueológica] vigente en esa época estaba muy orientada hacia la historia del arte, la civilización elitista y la arquitectura monumental. Por supuesto, no hay nada malo en estos intereses, pues sus perspectivas son básicas e invaluable, pero por sí mismos no pueden ofrecer nada que se acerque a una perspectiva comprensiva de los sistemas socioculturales antiguos (Weigand 2011, 49).

Por supuesto que cuando Weigand escribe, ya no es el tiempo de Armillas, por tanto el uso de arquitectura monumental o civilización no son ya criterios para explicar el desarrollo sociocultural de los pueblos antiguos. Sabiendo esto, decide seguir usando estos conceptos como parte central de su narración, es decir, ejerce su capacidad de agencia para “empujar” a un cambio en la relaciones del público hacia los vestigios materiales de la Tradición Teuchitlán.

Phil Weigand nunca adoptó por completo un modelo teórico, más bien generó una especie de eclecticismo, cuyos componentes consistían en algunos conceptos claves de diversas corrientes teóricas, con el paso de los años fue incorporando nuevos elementos, aunque mantuvo la idea de que “la arqueología antropológica no es más que una serie de técnicas y metodologías dentro de la categoría general de las ciencias históricas” (Weigand 2002, 25), una postura que en sí misma es altamente debatible. Con estos elementos teóricos dispersos amalgamó una narrativa que tenía la posibilidad de injertarse en más de una discusión.

DISCUSIÓN

A lo largo del presente trabajo hemos notado que fueron varias las afirmaciones controversiales que Weigand plasmó a lo largo de los años, algunas más radicales que otras, por ejemplo, civilización, evolución, arquitectura monumental, estado segmentario, ecúmene, entre otros. También hizo señalamientos usando un lenguaje fuerte: “de manera concluyente” “es innegable” “marcadores seguros” y más. Sin embargo, al contextualizar su discurso podemos entenderlos mejor.

La creación del conocimiento es una forma de generar poder, el saber es poder diría Foucault, pero en nuestro ejemplo el poder de generar saberes puede ser un grito desesperado por dar existencia a un fenómeno cultural despreciado por muchos investigadores; el Occidente. Weigand usó la fuerza de la narración para luchar contra el *establishment* de la arqueología mexicana, contra el saqueo y destrucción del patrimonio arqueológico de Jalisco (Weigand 1992, 25), contra la creencia popular del “barbarismo” prehispánico, contra el acaparamiento del financiamiento estadounidense con fines de investigación arqueológica en el centro y sur de México, entre otras cosas. El ejercicio de un cierto poder emanado desde un discurso, era pues necesario para cambiar el rumbo de la arqueología del Occidente.

Lo anterior nos lleva a cuestionarnos acerca de la necesidad de evaluar la presencia real en la comunidad académica y el público en general de la obra de Weigand, por ejemplo, midiendo la citación que de su obra se ha hecho. Esto es pertinente pues a pesar de los esfuerzos de estudiosos como Weigand todavía encontramos afirmaciones como: “luego del momento común generalizado de la vida aldeana, los procesos sociales del resto de Mesoamérica fueron más dinámicos que los occidentales [...] Una transición que llevó cinco siglos a los pueblos del resto de Mesoamérica, tomó once a los del Occidente” (Fernández y Deraga 1995, 175-177), así se repiten las ideas de “atraso” y “marginalidad” del Occidente, en ese sentido parece válido analizar la recepción diferencial del discurso de Weigand.

Williams señala que “las investigaciones realizadas en nuestra región [Occidente] raramente son tomadas en cuenta por los arqueólogos [...] y por lo general no captan la importancia del Occidente y Norte de México para el área nuclear Mesoamérica” (Williams 2008, 10). Una vía para resolverlo puede girar en torno a diversificar y hacer discursos de mayor impacto, para que los interlocutores especializados, y no especializados, den atención al Occidente. De ahí podemos partir para hacer un futuro análisis de la recepción del discurso de Weigand y poder generar uno distinto que gire la arqueología del Occidente para dejar de dar la cara al espejo y nos lleve hacia el rostro del resto de la arqueología mexicana.

Por otro lado, la acción generada por el discurso de Weigand conformó un cambio en la relación misma tanto de la comunidad arqueológica como del público en general hacia los vestigios materiales que constituyen la Tradición Teuchitlán, de acuerdo con la teoría de la agencia estas acciones son generadas a partir de las intenciones (en este caso discursivas), Robb lo manifiesta de esta manera:

en nuestra propia experiencia como agentes, la intención es a menudo parte sobresaliente de la acción, nuestro punto de partida para la actuación, o la interpretación de las actuaciones de otras personas, es la intención la que proporciona el estímulo más próximo para ello. Pero las intenciones se movilizan dentro del campo específico del discurso, y no pueden dar lugar a la acción hasta que se localice dentro de un género reconocido sujeto a reglas de conductas [como la disciplina arqueológica] (Robb 2010, 496).

En 2011, cuando Weigand argumenta con respecto a las propuestas de Armillas acerca de la arqueología del paisaje menciona que: “la recepción de estas ideas fue fría, para decirlo de modo cortés” (Weigand 2011, 251), si sumamos esta experiencia a la que tuvo con Kelley en el Norte de México, se nos vislumbra un panorama en el cual las ideas o propuestas distintas a las que en ese momento estaban en boga, estarían destinadas al naufragio hasta que las corrientes teóricas también cambiaran (es decir, cuando las teorías hegemónicas

perdieran capacidad explicativa frente a nuevos datos y teorías más recientes). Cabe destacar que a pesar de nuevos datos (*cf.* Beekman 2010, Heredia 2001a) el discurso generado por Weigand no ha cambiado sustancialmente (véase como ejemplo el video introductorio y el cedulario del Centro Interpretativo Phil Weigand en Los Guachimontones), esto muestra su impacto como agente, las narraciones actuales siguen repitiendo estas conclusiones. El uso de conceptos contra los que el mismo discutía como “civilización” o “monumentalidad” (uno de los términos sobre el cual gira la “excesiva centralidad de la arqueología mexicana”), parecen ser entonces una parte intencional de su discurso. Si lo vemos en términos de estrategia discursiva es brillante, pero para fines científicos resultaría evidente la necesidad de dejar de usarlos, puesto que el peso del argumento está en llamar la atención y generar discusión, no en una comprensión teórico metodológica apropiada para los datos generados.

ENTRE GRITOS Y SUSURROS

Al final este trabajo no pretende hacer un juicio de valor sobre la validez o pertinencia de las propuestas de Weigand, más bien busca entender el desarrollo de su pensamiento, pues, en este pensamiento está la esencia y justificación de su discurso. Esto en el marco del planteamiento del discurso como creador de realidades sociales a través de los imaginarios sociales.

La respuesta a este discurso es, por un lado, lo que hoy el público no especializado conoce de la Tradición Teuchitlán y, por otro, el tipo de acercamiento que los especialistas, arqueólogos, antropólogos, historiadores, tienen actualmente hacia estos vestigios materiales. Bondades hay muchas en la obra de Weigand, pero en términos de análisis de su discurso uno de los grandes méritos es haber colocado a la Tradición Teuchitlán en el “mapa” del mundo arqueológico, tal vez a “gritos” y con “sombbreroz”, tomando el riesgo de hacer afirmaciones polémicas y usando frases controversiales. Es decir, cuando nos encontramos en medio de una multitud es notorio que las personas voltean ante un grito y no lo hacen ante un susurro entre dos individuos.

Weigand fue un factor decisivo para introducir al Occidente en la discusión arqueológica y, por tanto, en el presupuesto institucional, su papel como agente en el cambio de relación de los vestigios arqueológicos con el público es clave, pero no es el único actor, muchos investigadores han dedicado sus vidas al estudio de esta región (como ejemplo véanse los autores mencionados en el cuadro 1). Sin embargo, el presente caso de estudio gira en torno a Weigand, en ese sentido, quienes trabajamos, o pretendan hacerlo en el Occidente, tenemos una deuda enorme con este autor. Sus escritos y los riesgos que tomó han ahorrado a la arqueología del Occidente unos 40 años de discusiones sobre la esencia de su “existencia”. En estos momentos ya “está”, es una realidad. Es decir, ya ha sido puesta en visibilización para el resto de la comunidad académica, ahora es tiempo de replantear los modelos explicativos de Weigand y cambiar el discurso con base en datos recientes.

Pero, ¿es realmente importante o suficiente haber puesto al Occidente en el mapa? A saber, de ese privilegio no han gozado otras áreas del México prehispánico, por ejemplo, el Norte donde se lucha desde hace unos 10 o 20 años por “existir” en la arqueología mexicana. Weigand conoció aquellos contextos y supo de esa problemática a través de su maestro Charles Kelley, la decisión no debió ser fácil, pero un buen alumno no puede hacer menos que superar a sus maestros. El discurso que generó Weigand ha permitido el desarrollo de gran cantidad de investigaciones en el Centro-Oeste de Jalisco, posibilitando que se diera un salto cuantitativo y cualitativo para el Occidente y hoy se discuten temas más específicos y problemáticas más complejas de las que se examinaban cuando Weigand llegó al Occidente. Luego entonces, quienes ahora trabajamos la Tradición Teuchitlán ¿tomaremos el riesgo siguiendo el ejemplo de Phil, gritando a la comunidad académica nuestras propuestas? o ¿sólo susurraremos entre maestros, alumnos y colegas?

Contrastando con lo anterior y desde la perspectiva foucaultiana, una de las cuestiones principales para el desarrollo de las ciencias sociales radica en analizar la condición histórica de los enunciados existentes (Foucault 1979). Como se mostró anteriormente, la formulación de esta narración arqueológica es producto de la propia

historicidad del autor, su papel central como agente de cambio, en la relación que la comunidad científica y el público en general tiene con la llamada “Tradición Teuchitlán”, es innegable, sin embargo, la estructuración argumentativa y la correlación con los datos arqueológicos no son tan sólidos como si lo fue el impacto en la creación del imaginario que estos escritos tuvieron.

Estamos entonces ante un doble escenario donde tenemos, por un lado, la importancia de que nuevos datos sean tomados en cuenta en la conformación del discurso del Occidente prehispánico, incluyendo trabajos de rescate, salvamento arqueológico, investigaciones en regiones vecinas, tópicos novedosos, entre otros. Por otro lado, continuar con la revisión crítica de los conceptos y la argumentación previa, proponiendo alternativas o mejorando las ya hechas.

Por último, aunque el campo de la especulación no es acertado en arqueología, me permito finalizar con una pregunta: ¿qué hubiese pensado Weigand sobre deconstruir su discurso y proponer alternativas de interpretación al registro arqueológico de la Tradición Teuchitlán? No lo sé, pero “debemos de tener la flexibilidad para reconocer que nuestra conceptualización del Occidente está cambiando rápidamente el día de hoy, y continuará cambiando mientras más y más estudiantes e investigadores se vean inevitablemente atraídos hacia la región” (Weigand 1992, 23). Ante esto se hace necesario la revisión profunda y el replanteamiento de los postulados originales de Phil Weigand, con base en perspectivas teóricas y metodológicas más recientes (donde insertamos el presente trabajo), no con la finalidad de “decir la última palabra”, sino más bien con el afán de continuar con el desarrollo de conocimiento y, en cierto sentido, seguir la apologética recomendación de Phil Weigand acerca de que nuestra “concepción del Occidente... continuará cambiando”.

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo es producto de amplias discusiones en el marco de la conformación de un nuevo grupo de trabajo del Proyecto Arqueológico Teuchitlán, la información y reflexiones aquí vertidas

son en realidad un trabajo colectivo. Agradezco la dirección de la doctora Verónica Heredia y del doctor Joshua Englehardt, así como a la licenciada Kimberly Sumano y al maestro Héctor Cardona. También a la doctora Agapi Filini sus valiosos comentarios en las primeras versiones del texto. Igualmente a los dictaminadores cuyos comentarios ayudaron sensiblemente al presente artículo. Cualquier error u omisión es entera responsabilidad del autor.

TRABAJOS CITADOS

- BACZKO, Bronislaw. *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- BARFIELD, Thomas. *Diccionario de antropología*. México: Siglo XXI, 1997.
- BARRETT, John. "Fields of Discourse. Reconstituting a Social Archaeology". *Critique of Anthropology*, 7(3) (1988): 5-16.
- BEEKMAN, Christopher. "Corporate Power Strategies in the Late Formative to Early Classic Tequila Valleys of Central Jalisco". *Latin American Antiquity*, 19(4) (2008): 414-434.
- . "Recent Research in Western Mexican Archaeology". *Journal of Archaeological Research*, 18(41) (2010): 109-116.
- BEEKMAN, Christopher y William BADEN. "El cultivo del maíz y su impacto regional. Agotamiento de los suelos en el Corredor de la Venta, Jalisco". En *Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el Occidente de México. Reconocimiento a la Dra. Helen Pollard*, eds. Phil Weigand y Eduardo Williams, 351-382. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2011.
- BEEKMAN, Christopher y Phil WEIGAND. "Conclusiones, cronología y un intento de síntesis". En *Tradición Teuchitlán*, eds. Phil Weigand, Rodrigo Esparza y Christopher Beekman 303-337. Zamora: El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, 2008.
- BERNAL, Ignacio. *The Olmec World*. Los Angeles: University of California Press, 1969.
- BINFORD, Lewis. *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*. Barcelona: Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1991.

- BRANIFF, Beatriz. “La Historia prehispánica de Sonora”. *Arqueología Mexicana*, segunda época, vol. 97 (2009): 17-23.
- CACH AVENDAÑO, Eric Orlando. “La exploración arqueológica del edificio seis de los Guachimontones y sus implicaciones socio-culturales”. En *Tradición Teuchitlán*, eds. Phil Weigand, Rodrigo Esparza y Christopher Beekman, 89-122. Zamora: El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, 2008.
- CARBONELLI, Juan Pablo. “La construcción del concepto de cultura”. *Enfoques*, 23(2) (2011): 69-103.
- CHI, Ch’ao-Ting. *Key Economic Areas in Chinese History: as Revealed in the Development of Public Works for Water-Control*. Nueva York: Allen & Unwin Limited, 1936.
- CRIADO BOADO, Felipe. “¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación”. *Complutum*, vol. 17 (2006): 247-253.
- DERRIDA, Jaques. *De la gramatología*. Barcelona: Siglo XXI, 1967.
- DÍAZ-ANDREU, Margarita. *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- DÍAZ-BONE, Rainer, Andrea D. BÜHRMANN, Encarnación GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Werner SCHNEIDER y Gavin KENDALL, Francisco TIRADO. “El campo del análisis del discurso foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas”. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 8(2), art. 30 (2007), <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0702305>.
- DOBRES, Marcia-Ann y John E. ROBB, eds. “Agency in archaeology: paradigm or platitude?”. En *Agency in Archeology*, eds. Marcia-Ann Dobres y John E. Robb, 3-18. Londres: Routledge, 2000.
- DORNAN, Jenniffer L. “Agency and archeology: past, present and future directions”. *Journal of Archeological Method and Theory*, 9(4) (2002): 303-329.
- ESPARZA LÓPEZ, Rodrigo, Phil WEIGAND, Dolores TENORIO, Melania JIMÉNEZ-REYES. “Relaciones comerciales del núcleo de la tradición Teuchitlán a través del estudio de obsidiana”. *Arqueología*, segunda época, núm. 46 (2013): 22-38.

- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Víctor. "Teoría del discurso y paradigmas arqueológicos". *Complutum*, 23(2) (2012): 51-68.
- FERNÁNDEZ, Rodrigo y Daria DERAGA, "La zona occidental en el Clásico". En *Historia antigua de México, vol. II. El Horizonte Clásico*, eds. Leonardo López Luján y Linda Manzanilla, 175-203. México: Porrúa, Instituto de Investigaciones Antropológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1979.
- _____. *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1983.
- _____. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets, 1992.
- _____. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI, 1997.
- GÓMEZ PARDO, Rafael. "Introducción a la crítica de la 'arqueología' de Michel Foucault". *Ideas y valores*, 38(79) (1989): 107-122.
- HEREDIA ESPINOZA, Verénice Y. "Aventuras entre agave azul: estudios recientes al norte del volcán de Tequila". En *Reconocimiento Tenamaztle 2009*, eds. Víctor Téllez y Phil Weigand, 17-29. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Prometeo Editores, 2011.
- _____. "Patrones de asentamiento y división regional de trabajo al norte del volcán de Tequila, Jalisco". En *Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el Occidente de México. Reconocimiento a la Dra. Helen Pollard*, eds. Phil Weigand y Eduardo Williams, 121-140. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2011a.
- HERREJÓN VILICAÑA, Jorge. "La Joyita. Un primer acercamiento a los espacios domésticos de la tradición Teuchitlán". En *Tradición Teuchitlán*, eds. Rodrigo Esparza, Phil Weigand y Christopher Beekman, 63-88. Zamora: El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, 2008.
- HERS, Marie-Areti. "Arqueología de Durango, destellos en el olvido". En *Introducción a la arqueología del Occidente de México*, coord. Beatriz Braniff, 525-545. México: Universidad de Colima, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.

- HODDER, Ian. "Postprocessual Archaeology". En *Advances in Archaeological Method and Theory* V.8, ed. Michael Schiffer, 1-26. Nueva York: Academic Press, 1985.
- _____. "The Problem". En *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*, ed. Ian Hodder, 15-32. Cambridge: Cambridge University Press, 2003.
- _____. "The 'Social' in Archaeological Theory: An Historical and Contemporary Perspective". En *A Companion to Social Archaeology*, ed. L. M. Preucel, 23-42. Boston, Oxford: Blackwell Publishing 2007.
- _____. "Agency and Individual in Long-term Processes". En *Agency in Archeology*, eds. Marcia-Ann Dobres y John E. Robb, 21-33. Londres: Routledge, 2000.
- JOHNSON, Matthew. *Teoría arqueológica, una introducción*. Barcelona: Ariel, 2000.
- KIRCHHOFF, Paul. "Mesoamérica sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". *Suplemento de la revista Tlatoani*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1960.
- KROEBER, Albert. "The Culture-Area and Age-Area Concepts of Clark Wissler". *Americanist Culture History* (1997): 121-138.
- LÓPEZ MESTAS CAMBREROS, Martha Lorenza. *Las piedras verdes en el centro de Jalisco*. Reporte de investigación para Fundación para el Avance de los Estudios Mesoamericanos inc. http://www.famsi.org/reports/03083es/03083esLopez_Mestas01.pdf. 2007
- _____. "Ritualidad, prestigio y poder en el centro de Jalisco, durante el preclásico tardío y clásico temprano. Un acercamiento a la cosmovisión e ideología en el Occidente del México Prehispánico". Tesis de Doctorado, Guadalajara: Ciesas Occidente, 2011, 540.
- MANSILLA CASTAÑO, Ana María. "El análisis del discurso arqueológico como metodología: una primera aproximación". *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet*, 1(3) (1999): 4-19.
- MARQUINA, Ignacio. *Arquitectura prehispánica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1964.
- MIRAMÓN VILCHIS, Marco Antonio. "Michel Foucault y Paul Ricoeur: dos enfoques del discurso". *La Colmena*, núm. 78 (2013).
- MUÑOZ GARCÍA, David Arturo. *Estrategias para la apropiación del*

- paisaje en el Río Santiago Bayacora*. Tesis de Licenciatura en Arqueología, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2012.
- OLAY, María de los Ángeles. “El Occidente mesoamericano, una historia en construcción”. En *Introducción a la arqueología del Occidente de México*, ed. Beatriz Braniff, 43-78. Colima: Universidad de Colima, Conaculta, INAH, 2004.
- OHNERSORGEN, Michael A. y Mark VARIÉN. “Arquitectura formal y organización de asentamientos en el antiguo Occidente de México”. En *Tradición Teuchitlán*, eds. Phil Weigand, Rodrigo Esparza y Christopher Beekman, 191-234. Zamora: El Colegio de Michoacán, Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, 2008.
- PIÑA CHAN, Román. *El arte y la historia del Occidente de México. Arte precolombino y del Occidente de México*. México: Artes de México, 1946.
- REESE-TAYLOR, Kathryn. “The Cultural Poetics of Power and Space in Ancient Mesoamerica”. En *Landscape and Power in Ancient Mesoamerica*, eds. Kathryn Reesse-Taylor y Rex Koontz, 1-28. Oxford: Westview Press, 2001.
- RENFREW, Colin y Paul BAHN. *Arqueología, teorías, métodos y prácticas*. Madrid: Akal, 2011.
- RICOUER, Paul. *Teoría de la Interpretación. Discurso y excedente de sentido*, trad. Graciela Monges Nicolau. México: Siglo XXI, Universidad Iberoamericana, 2006.
- ROBB, John. “Beyond Agency”. *World Archaeology*, 42(4) (2010): 493-520.
- _____. “Agency”. En *Archeological Key Concepts*, eds. Colin Renfrew y Paul Bahn, 2-5. Nueva York: Routledge, 2005.
- ROJAS RABIELA, Teresa. *Pedro Armillas: vida y obra*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1991.
- SCHIFFER, Michael. “Los procesos de formación del registro arqueológico”. *Boletín de Antropología Americana*, núm. 23 (1991): 39-45.
- _____. “Contexto arqueológico y contexto sistémico”. *Boletín de Antropología Americana*, núm. 22 (1990): 81-93.
- SMITH, Laurajane. “Archaeology and the Governance of Material

- Culture: A Case Study from South-Eastern Australia". *Norwegian Archaeological Review*, 34(2) (2001): 97-105.
- SMITH MÁRQUEZ, Sean M. "El patrón de asentamiento de la Tradición Teuchitlán". *Ecumene, Revista de Estudios Antropológicos del Occidente de México*, 1(1) (2010): 33-58.
- STUART, Glenn. "Agricultura de tierras húmedas en el núcleo de la tradición Teuchitlán". En *El antiguo Occidente de México: nuevas perspectivas sobre el pasado prehispánico*. Colección Debates, eds. Eduardo Williams, Phil C. Weigand, Lorenza López Mestas, David C. Grave, 185-210. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2005.
- SOUTHALL, Aidan. "The Segmentary State in Africa and Asia. Comparative Studies". *Society and History*, vol. 30 (1988): 52-82.
- TILLEY, Christopher. "Archaeology as Socio-political Action in the present". En *Critical Traditions in Contemporary Archaeology*, eds. V. Pinski y A. Wylie, 104-115. Cambridge: Blackwell Publishers, 1985.
- _____. "Interpreting Material Culture". En *The Meaning of Things*, ed. Ian Hodder, 185-194. Londres: Unwin Hyman, 1989.
- _____. "Michael Foucault: Towards an Archaeology of Archaeology". En *Reading Material Culture*, ed. Christopher Tilley, 281-347. Londres: Basil Blackwell, 1990.
- _____. *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*. Oxford: Oxford Berg, 1994.
- TORRES POMBERT, Ania. "El uso de los buscadores en internet". *ACI-MED*, 11(3) (2003).
- TOSCANO, Salvador. "El arte y la historia del occidente en México". En *Arte precolombino del occidente de México*, estudios de Salvador Toscano, Paul Kirchhoff y Daniel F. Rubín de la Borbolla, 9-33. México: Secretaría de Educación Pública, 1946.
- TOWNSEND, Richard. *El antiguo occidente de México: arte y arqueología de un pasado desconocido*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, The Art Institute of Chicago, Tequila Sauza, 2000.
- TRIGGER, Bruce. *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica, 1992, 475.

- _____. "Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist". *Man, New Series*, 19(3) (1984): 355-370.
- VÁZQUEZ LEÓN, Luis. *El Leviatán Arqueológico: antropología de una tradición científica en México*. México: Ciesas, 2003.
- WALLERSTEIN, Immanuel. *The Modern World-System 1: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. Vol. 1. Los Angeles: University of California Press, 2011.
- WEIGAND, Phil. "Evidence for Complex Societies During the Western Mesoamerican Classic Period". En *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, eds. Phil Weigand y Michael Foster, 47-91. Boulder y Londres: Westview Press, 1985.
- _____. *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México. Homenaje a Pedro Armillas y Ángel Palerm*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1992.
- _____. "La evolución y ocaso de un núcleo de civilización: la Tradición Teuchitlán y la arqueología de Jalisco". En *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, eds. Eduardo Williams y Phil Weigand, 185-246. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1996.
- _____. "La Tradición Teuchitlán: surgimiento de una sociedad parecida al estado". En *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*, eds. Richard Townsend y Luis Gutiérrez, 39-55. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, The Art Institute of Chicago, Tequila Sauza, 2000.
- _____. "La antigua ecumene mesoamericana: ¿un ejemplo de sobre-especialización?". En *Estudio histórico y cultural sobre los huicholes*, ed. Phil Weigand, 25-42. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2002.
- _____. *Estudio histórico y cultural sobre los huicholes*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2002a.
- _____. "Charles Kelley. A personal appreciation". En *Homenaje al Dr. Charles Kelley*, eds. Jaime Litvak, María Teresa Cabrero y Peter Jiménez, 39-46. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM, 2002b.
- _____. "El estado segmentario en el Occidente de Mesoamérica". En *Las sociedades complejas del Occidente de México en el mundo*

mesoamericano. Homenaje al Dr. Phil C. Weigand, eds. Lorenza López y Eduardo Williams, 53-74. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2009.

_____. “El paisaje cultural de la Tradición Teuchitlán. Consideraciones metodológicas para su evaluación y caracterización”. En *Mesoamérica debates y perspectivas*, eds. Eduardo Williams, Magdalena García Sánchez, Phil C. Weigand y Manuel Gándara, 245-264. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2011.

WEIGAND, Phil y Rodrigo ESPARZA. *Ruta arqueológica cultural Los Guachimontones*. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco, 2007, 145.

_____. *Informe técnico temporada 2003-2006, sitio arqueológico Guachimontones, Teuchitlán, Jalisco*. La Piedad: Centro de Estudios Arqueológicos-El Colegio de Michoacán. Manuscrito entregado al Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia. 2008.

WEIGAND, Phil y Michael FOSTER. “Introduction”. En *The Archaeology of West and Northwest Mesoamerica*, eds. Phil Weigand y Michael Foster, 1-5. Boulder y Londres: Westview press, 1985.

WILLIAMS, Eduardo. “Presentación”. En *Tradición Teuchitlán*, ed. Phil Weigand, 9-13. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2008.

_____. “Semblanza del Doctor Phil Weigand”. En *Las sociedades complejas del Occidente de México en el mundo mesoamericano. Homenaje al Dr. Phil C. Weigand*, eds. Lorenza López y Eduardo Williams, 37-49. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2009.